

PARROQUIA SAN PATRICIO  
40 ° ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LOS CINCO HERMANOS PALOTINOS  
4 DE JULIO DE 2016  
HOMILÍA

Nos encontramos junto al altar para celebrar el sacrificio de amor eucarístico que nos dejó Jesús y así honrar la memoria de los cinco hermanos palotinos (P. Alfie Kelly, P. Pedro Dufau, P. Alfredo Leaden y los estudiantes Salvador Barbeito y Emilio Barletti), quienes hace hoy cuarenta años, a pocos metros de aquí y sobre esta alfombra que hoy cubre el altar, fueron objeto de un despiadado y cruel magnicidio, que todavía nos conmueve a los argentinos y, en especial, a la Iglesia en la Argentina. Nos costaría encontrar palabras para referirnos a este acontecimiento, si no fuese por la Palabra de Dios que viene en nuestra ayuda. «Toda la Escritura está inspirada por Dios –enseña San Pablo–, y es útil para enseñar y para argüir, para corregir y para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer siempre el bien» (2° *Tim* 3,16).

El mismo Pablo, que hasta el momento de su encuentro con el Resucitado se gloriaba de su estricta observancia a la ley antigua –y por eso no dudó en perseguir con odio visceral a inocentes cristianos, como cuando aprobó la muerte del diácono Esteban, en nombre de Dios, al que creía agradar con su celo (cf. *Hcb* 7,58)–, ahora, pacificado y con años de trabajo misionero, nos ilumina diciéndonos que si en algo tenía que gloriarse, es en «la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo» (*Ga* 6,14). Pablo descubrió en su proceso de conversión que en la cruz, sobre el cuerpo del Maestro crucificado, se estrellaron la infinita multitud de pecados y el odio de todo el mundo, y lo sorprendente es que Cristo lo transformó en amor. Pablo hace alarde de su libertad cristiana, y acaba de confesar que solo la Cruz lo atrae, porque solo ella lo une a Jesucristo. Cuando el Apóstol dice que nadie lo moleste en adelante, porque «yo llevo en mi cuerpo las cicatrices de Jesús», se refiere a las marcas que dejaron en su cuerpo las cadenas en la cárcel y los castigos que debió padecer por causa de la predicación de la Buena Noticia de Dios. Esas eran sus credenciales de pertenecer a Cristo Resucitado, a quien vio los estigmas de su pasión. También las cicatrices de Jesús por causa del Evangelio se vieron en los cuerpos de nuestros hermanos religiosos, los que fueron asesinados en la madrugada del 4 de julio de 1976. Así se presentaron ante el Señor de la misericordia. Si «lo que importa es ser una nueva creatura», agrega Pablo, la fe cristiana, que nos ayuda a entender la realidad a través de la pascua de Jesús, sabe leer los acontecimientos en clave pascual y así, hasta el más humilde vive de otro modo lo que acontece, sabiendo que la muerte no es la última palabra, sino antesala de la vida en Cristo. La sentencia de Pablo es muy clara: «Todos los que practican esta norma tengan paz y misericordia», y así nos invita a vivir para Aquel que murió y resucitó por todos (cf. 2° *Cor* 5,17).

Con las Bienaventuranzas de San Mateo que proclamamos, Jesús comienza a enseñar cuál es la voluntad de Dios para quienes desean pertenecer al Reino. Así empieza la carta magna y sus exigencias para cristianos que quieren seguirlo incondicionalmente. Se dirigen a la multitud de sus seguidores para que, ante las pruebas del camino, se sientan personas dichosas y felices por guardar fielmente las enseñanzas de los profetas. Son felicitaciones a los pobres y pequeños, a los justos que se desviven por la justicia, los compasivos, los misericordiosos, los puros de corazón, los pacientes y afligidos, los perseguidos a causa de su Nombre. Son los llamados bienaventurados por Jesús. Viviendo como tales llegarán a ser consolados por Dios, serán los herederos de la tierra prometida, recibirán la alegría de ser hijos de Dios y podrán compartir con Él en su Reino. Esta es la espiritualidad que guía la vida cristiana de todos los tiempos hasta que Él vuelva. Este ideal del seguimiento de Jesús es para todo bautizado, pero los consagrados hacen de las bienaventuranzas su estilo de vida. De tal forma que «la misión peculiar de la vida consagrada es mantener viva en los bautizados

la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio, dando «un testimonio magnífico y extraordinario de que sin el espíritu de las Bienaventuranzas no se puede transformar este mundo y ofrecerlo a Dios» (*VC* 33).

Las comunidades de vida consagrada –como la que formaban los hijos de san Vicente Palotti en este barrio–, son enviadas a anunciar con el testimonio de la propia vida el valor de la fraternidad cristiana y la fuerza transformadora de la Buena Nueva, que hace reconocer a todos como hijos de Dios e incita al amor oblativo hacia todos, y especialmente hacia los últimos. Estas comunidades son lugares de esperanza y de descubrimiento de las Bienaventuranzas, lugares en los que el amor nutrido de la oración y principio de comunión, está llamado a convertirse en lógica de vida y fuente de alegría (*VC* 51). Por qué no pensar que así se entregaban a la vida fraterna, aquellos palotinos que trataban de vivir fieles al carisma que los animaba. Transcurrían sus vidas en la convivencia fraterna, en el servicio pastoral a tantos fieles de esta parroquia, la oración, la celebración de los sacramentos, dispensando como buenos administradores la multiforme gracia de Dios, sirviendo a los pobres y ayudando a caminar a los más débiles en el camino de la fe; hasta que, como rezamos en el salmo: «El enemigo me persiguió a muerte, aplastó mi vida contra el suelo; me introdujo en las tinieblas, como a los muertos de hace muchos años» (*Salmo* 144, 3).

Los que se creyeron jueces para dictar sentencia de muerte a nuestros hermanos, no sabían que desde los primeros siglos de nuestra Iglesia, «los cristianos hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si les dieran la vida. Ellos, castigados de muerte cada día, se multiplican más y más. Tal el puesto que Dios les enseñó y no les es lícito desertar de él (Carta a Diogneto V, 16; VI. 10-11).

Un Padre de la Iglesia del siglo IV enseñó que la sangre derramada por los mártires se convertía en semillas de nuevos cristianos. Sorprendente la paradoja del cristianismo, que a partir de la debilidad de sus miembros, no obstante, crece, se fortalece y multiplica por la valentía de los testigos de la fe que anuncian el Evangelio aun en medio de la adversidad y padecen por Cristo a riesgo de sus propias vidas.

Sabemos que el martirio es un don: no se lo puede buscar. Pero sus hermanos de congregación, que conocían bien a quiénes les quitaron la vida, desean presentar a la Madre Iglesia lo que puede llamarse como un bautismo de sangre. Ella sabrá –con su sabiduría y experiencia de siglos–, decirnos cuál es el lugar de nuestros hermanos en la Iglesia del Cielo. Mientras tanto nosotros, peregrinos, recogemos sus reliquias como memoria agradecida por los hombres que abrazando la vida consagrada, vivieron animados por un auténtico estilo evangélico y nos dieron ejemplos de virtud y entrega. El Señor Jesús, que conoce lo que hay en el corazón del hombre (cf. *Jn* 2, 25), derrame sobre nuestros amigos la misericordia del Padre que reveló su rostro entre nosotros.

\*\*\*

✠Mario Aurelio Cardenal Poli